

Fbró.
1916

PACIFICO

PRECIO
UN PESO

MAGAZINE





PACIFICO

MAGAZINE



— Que ayer

Vol. VII.—Santiago de Chile, febrero de 1916.—Núm. 38.

— Que mañana

Una excursión por Santiago Antiquo

El Martín Rivas de Blest Gana y la sociedad chilena en 1850

Por —————

ALBERTO EDWARDS

Con ilustraciones fotográficas

Leí hace bastante años y siendo todavía un muchacho las antiguas novelas de Blest Gana, particularmente sus dos obras clásicas: el "Ideal de un calavera" y "Martín Rivas". Recuerdo con exactitud la impresión que esa lectura me produjo. Encontré en esos libros la pintura de la sociedad en que yo mismo vivía, de sus ideas, sentimientos y costumbres, apenas modificados en el cuarto de siglo que había transcurrido entonces desde su publicación.

Hace pocos días cayó nuevamente en mis manos el "Martín Rivas" y ¡oh! sorpresa!, lo que treinta años atrás era todavía una novela de costumbres contemporáneas, tenía ahora todo el sabor de una evocación histórica, de un verdadero monumento arqueológico.

Seguramente don Alberto Blest Gana no pudo prever ni imaginar que íbamos a poder leer sus libros en vida de su autor, con interés análogo al que nos inspiraría una novela a estilo de Walter Scott, "escrita por un contemporáneo de los sucesos".

¡Tan rápidas y radicales son las transfor-

maciones que experimentan estas sociedades nuevas, al contacto de las ideas y costumbres europeas!... Desgraciadamente no siempre se gana en el cambio, porque con mas facilidad imitamos los vicios y las superficialidades, que la cultura profunda y las verdaderas tradiciones sociales de Europa.

Cuando Blest Gana escribió sus primeras novelas, la transformación había comenzado a producirse, no sin encontrar resistencias en nuestra sociedad, una de las mas conservadoras y nacionalistas de la América. A lo menos en literatura, escaparon entonces del contagio exótico, muchos de los mejores ingenios de la época. Jotabeche, Blest Gana y Vicuña Mackenna fueron ante todo chilenos, se inspiraron en la sociedad en que vivían, y por eso sus libros conservan una frescura y un encanto que no alcanzarán jamás los artificiosos imitadores de los maestros extranjeros, que pretenden asimilarse un ambiente que no les pertenece ni han penetrado.

¡Qué joven, que sencillo, que patriarcal, aparece Chile en las antiguas novelas de Blest Gana! Eso tampoco se lo imaginó el autor al

escribirlas. El quiso, corregir deleitando, y estuvo muy lejos de su ánimo el presentarnos con colores risueños e idílicos los hombres y las cosas de su tiempo. Al contrario, él creía en un porvenir mejor y más feliz; su intento es mostrarnos los defectos y las miserias sociales en la esperanza de que el día de mañana las iba a corregir.

¡Bendita fel... Ella es una de las buenas cosas que hemos perdido.

Veo que estoy filosofando y no se trata de eso. Vamos al asunto.

Martín Rivas es un joven perfecto o casi perfecto. La moderna literatura realista no

cina, minero enriquecido, que ocupa la espectral situación, que entonces como ahora, y aquí como en Jauja, dan las talegas. Martín es un muchacho de rígidos principios morales, bueno como el pan, de corazón fresco y sensible, un poco soberbio y con sus puntillos de impertinencia medianamente cursi. Con tales cualidades, es claro que estaba hecho para que las mujeres pudieran enamorarse francamente de él.

Su futuro protector, don Dámaso, es un buen hombre como son hoy los chapados a la antigua; excelente padre de familia, honrado, incapaz de hacer daño a nadie. Sin embargo,

Blest Gana no es muy indulgente con este personaje, que sólo, a pesar del autor, aparece simpático...

Es que don Dámaso tiene dos defectos graves, para la joven imaginación del novelista. Es práctico, apegado a lo positivo de la vida, y carece de convicciones políticas definidas.

Es cierto que en aquellos tiempos lo último era imperdonable. No había sino dos partidos, y como ninguno tenía escrito programa alguno, eran perfectamente netos en sus aspiraciones. Se era conservador o liberal, go-

biernista u opositor. Los unos, satisfechos del orden existente, querían conservarlo; en cambio, el programa de los otros comprendía todo el vasto campo de las ilusiones humanas.

Esto ha variado por completo: no hay en el día partido que se atreva a declararse conservador de lo existente, lo que no es precisamente honroso para nuestro progreso político; y en cuanto a gobiernistas, hace mucho tiempo que ni siquiera se les oye nombrar. Es cierto que tampoco hay gobierno.

Es lo que no puedo perdonarle ni a Martín Rivas ni a sus amigos y correligionarios de entonces, que con la mejor fé del mundo, trabajaban ya hace más de sesenta años en proporcionarnos la actual merienda de negros,



La posada de Santo Domingo en su estado actual

consistente tipos así. Hoy día es preciso que al leer un libro experimentemos sensaciones análogas a las del que anda por la calle, trata de un negocio, o se encuentra preocupado por hendedos problemas. No sé cuándo quiere esta gente que pasemos un buen rato.

Pero no es esto sólo: con tanto análisis psicológico y tanta palabra rara, les ponen a los muchachos y a las mujeres la cabeza hecha una olla de grillos, y contribuyen así a despojar el ambiente social de esa armoniosa sencillez, que tan romántica se nos aparece ahora en el libro que recordamos.

Pero, ¿quién es Martín Rivas? Un pobre muchacho de Copiapó que viene a Santiago a terminar sus estudios de leyes. Su padre moribundo, le ha recomendado a don Dámaso En-



Antigua casa de Santiago según un dibujo de la época

y en combatir a don Manuel Montt, que, más previsior que ellos, quería evitarla.

Pero dejemos a un lado la política y sigamos a Martín Rivas, que se detiene frente a la puerta de don Dámaso... Viene pobrememente vestido, ha viajado orgullosamente sobre la cubierta del vapor, por falta de medios, y tiene su equipaje en la Posada de Santo Domingo, cuyo vetusto edificio colonial existe todavía frente a aquel hermoso templo.

Me imagino... es decir... estoy viendo la casa de don Dámaso, con su ancho portal y sus habitaciones simétricamente alineadas, alrededor de los tres patios de ordenanza. Hace veinticinco años todavía eran así casi todas las casas de Santiago.

Hoy día hay que buscar como una curiosidad esas habitaciones solariegas y patriarcales, viva imagen del tiempo que se fué.

Aquella cuya fotografía publicamos, conserva casi del todo su antiguo aspecto, como lo comprueba un dibujo de 1840, que de ella hemos podido procurarnos. Construyó esa casa, en 1815, el famoso "chillanejo" Rodríguez Aldea, Ministro de Marcó del Pont y de O'Higgins, y la habitaba, en 1850, un caballero, que si mis datos no están equivocados, sino era don Dámaso Encina se le parecía mucho.

Allí nació nuestro gran poeta don Luis Rodríguez Velasco, hijo de aquel célebre político de los últimos años de la colonia y de los primeros de la República, que joven todavía, rozagante, recién casado, pasea su luna de miel por los países de la Europa.

En 1865, don Luis Rodríguez Velasco, visitó, después de largos años de ausencia, esos muros, envejecidos ya entonces, y ellos le inspiraron una de sus composiciones más sentidas:

"Es un panteón de memorias.
recuerdo de otras historias
de santa felicidad:

de pérdidas alegrías,
de otros venturosos días
de paz y tranquilidad".

Todo está del mismo modo,
pero parece que a todo
cubre un velo funeral.
A veces creo que suena
la voz de ternura llena
de mi madre angelical.

Padres, hermanos queridos,
en estos sitios perdidos
hoy os quisiera encontrar.
Los que no estáis en el cielo
venid, en mi desconsuelo
acompañadme a llorar.

¡Todo calla y muere en torno,
no hay otro en el contorno
más que el eco que hay en mí!
¡Ay! las pantas y las flores
son los solos moradores
que viven fieles aquí!

También vive fiel a los poéticos recuerdos del pasado, el actual propietario de este histórico edificio, mi distinguido amigo don Osvaldo Velasco, que ha tenido el buen gusto de conservar a su casa solariega el aspecto de antaño. Traspasa uno aquellos umbrales y ya no está en 1916, sino muchos años atrás. Su padre compró aquella casa a doña Ignacia Quiroga viuda de Solar en 1865. Por una coincidencia singular, la casa ha vuelto a la familia de su primer propietario.

En 1850, Santiago ya tenía edificios particulares más suntuosos y modernos. Reproducimos la fachada de uno construido en 1842 por don Samuel Haviland, arquitecto también, veinte años, de la casa de Edwards, en La Serena, destruida en la revolución de 1851.

Pero volvamos a nuestro cuento. Don Dámaso Encina recibe afectuosamente al joven provinciano, y le hospeda en los altos de su casa. Aquí comienza el enredo de la novela, que se desarrolla en una serie encantadora de patriarcales escenas de la vida de familia de entonces.

Los caracteres son simples y sobriamente descritos. Ya conocemos a don Dámaso. Su preocupación única es la de sentarse en el Sernado, y dedica una buena parte de su tiem-



La misma casa, en su estado actual



Patio de una antigua casa de Santiago

po a leer los periódicos de uno y otro partido, a fin de husmear el lado de donde podía soplar el viento. Se levantaba gobiernista y se acostaba opositor o vice versa. Actualmente una senaduría no cuesta tantos cálculos y afares, pero muchísimo más dinero. En eso consisten los progresos de nuestra democracia.

Doña Engracia, la esposa de don Dámaso, es una alma de Dios. No figura en la novela sino para decir amén a todo el mundo.

Agustín, el primogénito del matrimonio, "ha estado en Europa". Esto bastaba entonces para caracterizar a un personaje. Recuerdo haber visto en un periódico de la época, "El Correo Literario", la caricatura de un sujeto muy a la dernière, con ese sólo epigrafe: "Ha estado en Europa". Pocos habían gozado entonces de tal privilegio, y Agustín no habla de otra cosa que de París, en un lenguaje salpicado de divertidos galicismos, con que pretendía darse tono. Ahora mismo, aunque los viajes a Europa se han hecho vulgares, no fal-

tan ejemplares de cursis, de ese estilo. Por otra parte, el hijo de don Dámaso es un excelente muchacho, un poco sin sustancia, pero bueno como el pan.

Es este optimismo el que da a la novela de que nos ocupamos su encanto especial.

Leonora, la niña de la casa, linda, el idolo de la familia, mimada por la sociedad, solicitada por los mejores partidos de la capital, es el carácter más complejo de la novela. Corazoncito de oro, sensible al amor, pero con más soberbia que don Rodrigo en la horca, se va enamorando poco a poco, sin darse cuenta ella misma, del simpático provinciano que su señor padre ha tenido la imprudencia de acoger en su propio domicilio. Por él desprecia a sus demás pretendientes, y muy en especial a los dos de más bulto. Un señor Valencia, riquísimo capitalista pipiolo, y Emilio Mendoza, miembro de una familia conservadora de gran influencia política, que, gracias a ello, goza de un sueldo fiscal de tres mil pesos de 48 peniques al año. Eran, pues, ambos dos buenos partidos.



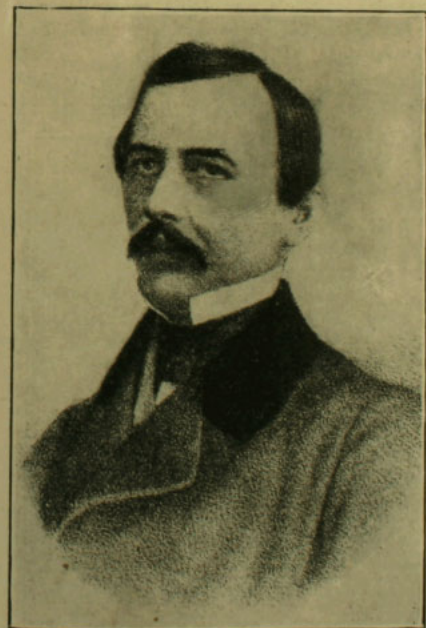
El corredor de una antigua casa de Santiago

En la Universidad Martín Rivas se hace íntimo amigo de un joven, algo mayor que él, tipo de esos futuros "santos laicos", que tanto prestigio alcanzaron años después. Liberal, llena la cabeza de generosos ideales, Rafael San Luis aparece revestido, además, del prestigio de la desgracia. Ha perdido su fortuna y con este motivo le han despachado de la casa de su novia, la señorita Matilde, hija de un hacendado positivo e ignorante, don Fidel Elías, y de una dama romántica, "intelectual", como diríamos ahora, hermana de don Dámaso Encina. Dicen que don Alberto Blest, al describir estos últimos personajes, tomó sus modelos de la vida real, y he oído que el de la madre de Matilde, fué nuestra ilustre poetisa doña Mercedes Marín y el de don Fidel, su esposo, don José María Solar. Todavía no se han olvidado en Santiago los mil cuentos que corrían por aquellos años, sobre el divertido contraste que hacía aquel buen señor, nada ilustrado, con su esposa literata.

También me han asegurado que don Ma-



La casa particular más lujosa de Santiago en 1850



Don Pedro Ugarte

nuel Recabárren sirvió de original a Martín Rivas. Me permito dudarle, y me parece que el distinguido político radical se parecía muchísimo más a Rafael San Luis. Estamos haciendo historia, podemos ser algo indiscretos y recordar que don Manuel Recabárren casó con la que es hoy su viuda, la venerable matrona doña Carolina Solar, hija de don José María Solar y de doña Mercedes Marín.

Rafael San Luis y Martín Rivas, que se ha enamorado, loca pero calladamente, de la señorita Leonor, procuran distraerse, el uno del fracaso de su proyectado matrimonio y el otro de su cariño sin esperanza, por la que juzga para él más alta que un arcángel del cielo, visitando ambos cierta familia "de medio pelo", compuesta de una madre viuda, un hijo, Amador, modelo del siútico de antaño, todo relumbrones y bajos instintos, y dos chicas preciosas: Adelaida y Edelmira.

He aquí un rasgo de nuestras costumbres que se fué para no volver: la tertulia de medio pelo con su mistela, su bailoteo y su manito de monte. El negocio tenía sus encantos, pero también sus peligros, y Rafael San Luis pudo después comprobarlo, muy a costa suya. Se había enredado con la hermosa Adelaida en forma asás pecaminosa, sin que, por supuesto, de ello tuviera la menor noticia misiá Bernarda, que así se llamaba la madre de esos querubines.

¡Sencillez idílica! Las misiás Bernardas de ahora, si las hubiera, se preguntarían a sí mismas... ¿Qué vienen a hacer a casa estos futuros?, y para evitar averías, les cerrarían la puerta. Pero entonces la señora esa soñaba nada menos que en casar a las niñas dentro de la aristocracia.

Reanúdanse, entre tanto, y gracias a Mar-



"Ha estado en Europa".—Antigua caricatura de "El Correo Literario"

tín Rivas y a la señorita Leonor, las relaciones de Rafael San Luis con su antigua prenda, la hija de don Fidel Elías. El caballero consiente en recibir nuevamente en su casa al antes desairado galán, merced a que un tío de éste promete prorrogarle por nueve años más el arrendamiento de un fundo, en el que don Fidel pensaba redondear pingües negocios. Y no se equivocaba el calculador personaje. Comenzaban entonces los famosos años de California, de tanta prosperidad para nuestra agricultura.

La reconciliación de Matilde y Rafael tiene lugar, como no podía menos de ser, en la Alameda. La tímida Matilde sale a medio día acompañada de Leonor y de su hermano, y allá, en el histórico paseo, "se juntan" con Rafael... ¡No es éste un rasgo archisantiaguino!

Lo que sí va no es santiaguino, es la Alameda, o la Cañada, como se decía entonces. Se ha convertido en el "Paseo de las Delicias", y a fé que apenas es posible imaginar

un nombre más despegado y más siútico; y en lugar de los característicos álamos, con sus "cuncunas" y todo, han plantado árboles "de estilo europeo", como para imitar toscamente los Campos Eliseos de París, o cualquiera otra avenida de ultramar.

Apenas va quedando en Santiago otra cosa criolla que la mugre.

No son mucho más hondos ni más intrincados los demás enredillos de la novela. Es como el medio que describe:

Aquellas familias son chilenas, como lo era la arquitectura de las casas, el lenguaje y las ideas de las gentes, la estructura de la sociedad, el sistema de gobierno, los hombres y las cosas... Y el alma al par que se recrea contemplando ese cuadro tan consecuente en todas sus partes tan clásicamente armonioso, siente "voces de dolor, al contemplar tan confuso lo presente".

La indolencia, la ignorancia y hasta la mugre del coloniaje, codeándose con los modernos vicios de París; las ideas y las costumbres de todo lo descubierta de la tierra; falta de rumbos y de fijeza en las aspiraciones de cada cual, e indecisión acerca del sitio que debe ocuparse en el mundo. Hay todavía caballeros y señoras chilenas, pero suelen olvidarse de ese título que debía enorgulleclos cuando van a Europa, y se convierten allá en "internacionales".

El romanticismo de la época que nos describe Blest Gana, consiste precisamente en



Doña Mercedes Marín de Solar



Cómo pudo ser la casa de las señoritas Molina.

que no tiene nada de ese internacionalismo. Aún en Agustín Encina, a pesar de sus donosos galicismo, descubrimos al criollo, al hijo de América inocente, al chileno que no ha dejado de serlo, a pesar de la fascinación que París ha producido en su ánimo.

Sería calumniar al presente, decir que los hombres de ahora carecemos de principios, en política por ejemplo; pero, los de ahora, son también principales internacionales. No tratan ahora nuestros partidos del sistema con que hemos de dirigir al país e impulsar su progreso, sino de la defensa de ideas religiosas y filosóficas, de carácter universal, y tan chilenas como francesas o austriacas.

El mal viene de lejos, y sin ofender a nadie, creo que debemos buscar su origen allá por los años de 1853 o 1854. Entonces se establecieron en Santiago los Jesuitas, buenos educadores y varones virtuosísi-

mos, pero extranjeros, o mejor dicho, internacionales. Ellos formaron generaciones conservadoras más instruidas y filosóficas que las de antaño, pero muchísimo menos chilenas... Por espíritu de reacción, el librepensamiento internacional ha concluído también por devorar al liberalismo nacional y antiguo.

Así es que ahora no se grita "Viva la patria" con el optimismo ingenuo y entusiasta de esos tiempos. Hay algo que no es la patria mezclado a nuestras luchas cívicas...

Pero pasemos por sobre ello, para no entristecernos.

Lo que no ha variado desde entonces a acá es el amor. Blest Gana nos lo pinta con el fuego y la verdad del que siente y no analiza. Así se quería entonces, y así se sigue queriendo, mal que les pese a los artificios pedantescos de la literatura nueva. El cientificismo y la



Antigua Alameda: de una fotografía de la época



La Alameda en los primeros tiempos de la administración Bulnes.—De un dibujo de la época (1841)

psicología, no habían invadido todavía en ese tiempo, el sagrado de las bellas artes. Los autores delietaban con lo que en la vida deleita, con los afectos puros y espontáneos, tan viejos como el mundo; y ¡caramba! sabían lo que estaban haciendo. Con sesenta y cinco años de fecha los libros de Blest Gana se venden más que las producciones modernísimas, con que nos atosigan de día en día. Las almas de los jóvenes y de los viejos continúan vibrando como entonces... En vano pretenden falsificarlas, algunos escritores gastados antes de tiempo, por los refinamientos intelectuales y por las seducciones de la falsa ciencia.

Edelmira, esa encantadora chinita que concibe por Martín Rivas un amor romántico y desinteresado, es un tipo eterno. No hay en Chile otra cosa que niñas así, sobre todo en la clase media. Solemos juzgar a las "siú-ticas" por sus afeites y el mal gusto de sus vestidos pero hay almas bajo esas apariencias vulgares que nos hacen sonreír. En la niña de la alta sociedad, los triunfos y las rivalidades del lujo y del orgullo, apagan en parte el fuego sagrado del amor... Pero para aquellas pobrecitas, no hay más mundo, ni más vida que el querer.

En Adelaida, la hermana de Edelmira, hay más sangre india, más vanidad y ambición que cariño verdadero, y, por sobre todo, un bajo deseo de vengaza. Burlada por San Luis, todo su empeño consiste en impedir el matrimonio del seductor con la linda hija de don Fidel Elías.

Leonor es un tipo femenino de muy diverso género. Sus conversaciones con Rivas mientras toca el piano, y él da vuelta las hojas del libro de música, ocupan muchas páginas de la novela. Blest Gana ha tenido el talento de dar variedad y encanto a esas escenas familiares, de poética sencillez. La niña lucha con su orgullo y con su amor. En cuanto al pobre provinciano la ha colocado como un ídolo en un altar. Por soberbia coquetea ella, y por soberbia también se calla él. La escena no tiene mucha variedad, ni artificio, pero ese es precisamente su mérito. Es hu-

mana, es verdadera; esas luchas, esos temores y esperanzas, esas medias palabras, son la trama de la novela que llevan dentro de sí mismos los corazones jóvenes y sanos... Por eso, al menos en Chile, todos hemos suspirado con Martín y con Leonor, y ahora cuando ya peinamos canas, nos gusta también evocar aquel salón del viejo Chile, con sus señores graves discutiendo de política en su rincón, con su mesa de te, su brasero, sus chismes, sus galanes, todo en el ambiente sosegado y tranquilo de los tiempos que fueroa.

Pero de estas escenas Blest Gana tiene el privilegio. Nadie sabría penetrarlas como él. La visita de doña Bernarda en casa de don Fidel Elías no hay con qué pagarla.

Maldita vieja! Cómo descompone el idilio del romántico Rafael San Luis, y de su tímida y apasionada novia. ¡Eso es maravillosamente chileno! La interesada despreocupación de don Fidel; el candoroso desengaño de la niña;



¡Viva Chile!—La pampa el 19 de septiembre en los antiguos tiempos

las teorías de la señora intelectual; el murmullo que se viene encima del desventurado galán, el rompimiento del matrimonio. Todo pudo ser en su tiempo, fatídica tragedia; pero qué aroma de sencilla hidalguía se desprende de esa escena, que quiso ser realista, y es de un alto interés romántico... Después de eso, uno cree en la Edad Media, de los libros de caballería.

También Martín Rivas hace de Amadis de Gaula y se constituye en el campeón de Edelmira, a quien su mamá quiere casar a la fuerza con el inevitable oficial de policía. Este último tipo social ha desaparecido de Santiago, como el militar antiguo, mal vestido, sudoroso e ignorante, frecuentador de tabernas y chinganas de ínfima categoría. El cambio se produjo después de la revolución de 1891.

Martín acompaña a Edelmira hasta Renca, donde encuentra ella refugio en casa de una tía. No sé hasta qué punto pueda ser real aquella escena, y las cartas llenas de delicado sentimentalismo que se cambian entre la enamorada niña y su caballeresco y desinteresado paladín. Pero uno está tentado para creer mucho bueno de esos jóvenes que pasaban las noches enseñando al pueblo en la Sociedad de la Igualdad, y sabían batirse a tiros por causas malas, pero que ellos creían buenas con toda sinceridad.

El escándalo que se produce en la casa de don Dámaso cuando llega a saberse aquella especie de raptó, está magistralmente descrito por Blest Gana. Por supuesto, nadie cree la verdadera historia y todos los de la familia, incluso Leonor, quedan convencidos de que se trata pura y simplemente de una calaverada.

La entrada de Martín al comedor de la fa-



El coronel Urriola

milia en medio del grave y estudiado silencio de todos los circunstantes; el embarazo con que don Dámaso dirige al culpable algunas frases banales, durante la comida; el diálogo lleno de verdad, entre el dueño de casa y el pobre alojado... Cada uno cree haber vivido esa escena.

El lenguaje de los personajes de Blest Gana es notablemente propio. Nuestro genial novelista no prodiga los barbarismos, y, sin embargo, sabe caracterizar a sus personajes en forma que se les creería de carne y hueso.

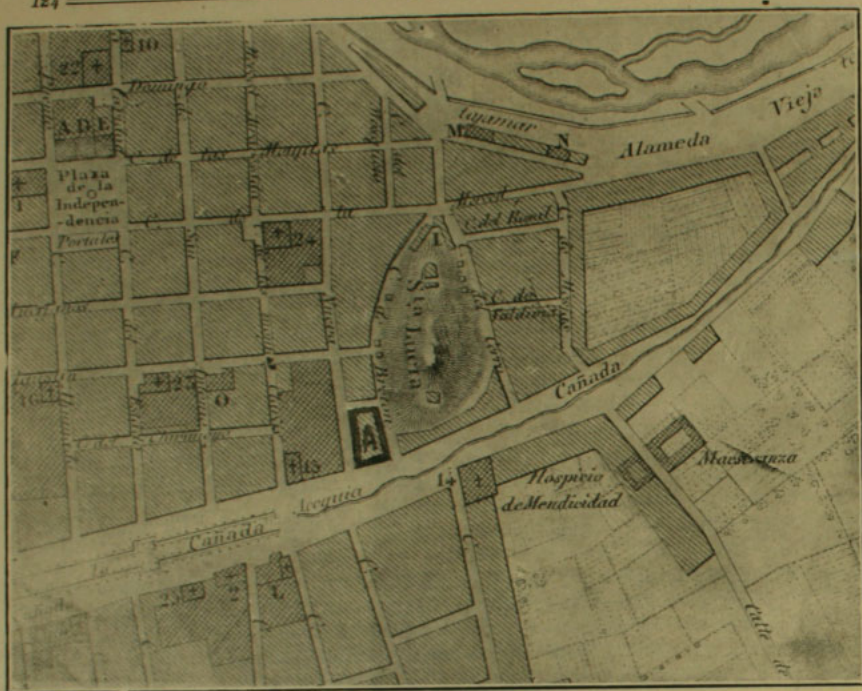
El señor rico, grave y práctico; la madre de familia, los galanes y las damas, los siú-ticos y los rotos, sus personajes todos "hacen maravillosamente su papel". Porque no ensayó Blest Gana, ese difícil género literario de la alta comedia, en que tan pocos han tenido éxito en Chile? Es una lástima, porque, para expresarnos en la jerga técnica, el hombre "sabe mover sus muñecas".

El incidente a que nos hemos referido trae por resultado que Rivas sale de casa de don Dámaso y en circunstancias en que tiene ya concebidas esperanzas muy fundadas de ser correspondido por Leonor.

Rafael San Luis lo mete entonces en política. Ambos pala-



Una tertulia de confianza en la época de Bulnes. (De un grabado de la época).



Plano de los barrios centrales de Santiago, en la época de Búlnes

dines, junto con muchos otros mozos alborotados, quieren librar al país de la opresión de esos hombres que habían realizado el prodigio de convertir la más convulsionada República de Sud-América en la nación más ordenada y feliz del continente. No puede negarse que aquella tontería está muy en el carácter de la época.

Nuestros políticos liberales se empapaban entonces en los Girondinos de Lamartine. Hasta en eso eran románticos y poe-

tas. Habíanse apropiado el papel de héroes de la Revolución francesa. La Moneda era la Bastilla; los pelucones los tiranos del pueblo:

Bulnes, Montt y Varas, el antiguo regimen con todos sus horrores; ellos los redentores del porvenir. ¡Pobres niños! ¡Cuánto daño nos hicieron con la mejor fe del mundo!

El motín del 20 de abril degües bajarlos de sus ilusiones. El proyectado levantamiento a la parisiense, resultó una sargentada de puro esti-

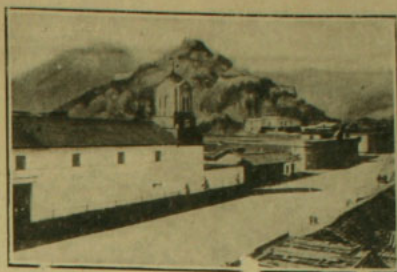


El Cuartel de Artillería y el Monasterio de las Claras, desde el cerro de Santa Lucía

lo americano, que el pueblo de Santiago miró pasar con la boca abierta. Sólo se batieron al lado de Urriola algunos fuertes, pero los artesanos, discípulos de la Sociedad La Igualdad, al primer toque de llamada, corrieron a los cuarteles cívicos, a combatir por el Gobierno y por la candidatura de don Manuel Montt. La Bastilla, a Dios gracias, no fué tomada.

“Blest Gana, dice Vicuña Mackenna, describe en esa interesante novela, con lucida fantasía, algunos de los cuadros del 20 de abril, mezclando el amor con la guerra, el miedo con la baratería y el logrerismo político”.

Así es, en realidad. Aquella célebre revuelta aparece pintada en “Martín Rivas” por tres de sus aspectos: la lucha en la calle, las emociones personales de dos de los héroes de la jornada y el efecto del combate en el tran-



Un trozo de la Alameda de Santiago en 1851

quilo y timorato hogar de don Dámaso Encina.

Martín acaba de regresar de Copiapó y vive ahora con su amigo Rafael San Luis. Entre tanto, todos los miembros de la familia de don Dámaso están deseosos de traerlo de nuevo a la casa. El caballero lo echa de me-

nos, como inteligente colaborador de sus negocios; Agustín como buen compañero; y la encantadora Leonor, por su parte, se siente enamorada, a pesar suyo, y no cuida de disimularlo demasiado.

Agustín va en busca de Martín a casa de Rafael San Luis. El tímido amante de Leonor siente deseos locos de volver a la querencia. Rafael lo disuade; sus quebrantos le han hecho excéptico. Por otra parte, cuenta con su amigo para la jornada revolucionaria. Le ha armado caballero de la libertad.

Para conciliar el amor con el patriotismo,



El Regimiento 2 de línea en 1851.—De un daguerrotipo de la época



Don Marcos Maturana

los dos amigos encuentran un expediente viejo como el mundo. Martín, antes de partir al combate, escribe a Leonor una carta en que le declara su amor con hidalga sencillez. El galán sabía hacer ésto: aunque provinciano y pobre, era un cumplido caballero, muy bien criado.

Todo el toque de las revoluciones en la época del pipiolaje, antes de 1830, consistía en tomarse el cuartel de artillería. No se faltó a esta tradición en 1851. El coronel Urriola salió de su cuartel antes del alba con el batallón sublevado y se fué a situarse a la Plaza de Armas, confiado en que el resto de la guarnición y el pueblo entero iban a secundar el movimiento.

Esta esperanza lo perdió. El Gobierno tuvo tiempo para organizar la defensa, asegurarse la fidelidad del Chacabuco y reunir a los civiles.

Ya entrado el día, Urriola se dirigió a la artillería, resuelto a combatir, pues ya era necesario. El cuartel de artillería, demolido hace

pocos años, se encontraba en el punto marcado con la letra A en el plano de Santiago antiguo, que acompañamos.

Urriola, al frente de su bizarro regimiento, se situó en la Alameda, al costado del monasterio de las Claras. Las dos fotografías adjuntas dan una idea muy exacta del teatro de los sucesos, tal como existía en esa época. En la primera, tomada desde el cerro, el número 1 indica el cuartel de artillería y el número 2 el monasterio de las Claras con su larga pared blanca a la calle de las Recogidas (hoy de las Claras). La otra vista representa a la Alameda de esos años. Allí se vé en primer término el costado de la iglesia de las Claras, y más allá de la boca-calle, la oscura fachada del cuartel de artillería.

Fuó junto a los muros blancos de la iglesia donde se estacionó Urriola, al frente del Valdivia. Tenemos la suerte de poder presentar a nuestros lectores un retrato de aquel célebre regimiento, tomado en daguerrotipo, por ese mismo tiempo. El vetusto edificio que aparece en la vista, es el propio cuartel de artillería.

Junto a la iglesia de las Claras, Urriola dejó transcurrir largas horas con el arma al brazo, esperando siempre vencer sin necesidad de combatir. Esta actitud tenía locos de ira a los jefes civiles del pronunciamiento, en particular el más sanguíneo de todos, don Pedro Ugarte, que al decir de los historiadores, pasó toda aquella mañana en la botica de Vásquez (al lado de las Claras), tomando goma líquida para calmar su bilis en ebullición.



Carretas y birlochos en el camino de Santiago a Valparaíso

La batalla se empenó por fin. La artillería fué valientemente defendida por el bizarro coronel don Marcos Maturana. Urriola murió de un balazo en la calle de las Claras y el motín fué vencido.

Blest Gana nos hace seguir a sus dos héroes, San Luis y Rivas, que se batan como leones. Verdad es que Vicuña Mackenna nos dice que en ésto hay algo de novela, y que los futres no brillaron por su valor en la jornada del 20 de abril, y que el tipo de Rafael San Luis, "que tantos se han apropiado", no abundó aquel día.

No sólo no abundó, sino que en realidad ningún civil fué víctima de su arrojo en ese combate de las calles de Santiago. La muerte heroica de Rafael San Luis, es por consiguiente un episodio de simple fantasía.

La escena en la casa de don Dámaso, mientras se desarrollan los sucesos de la revolución, es quizás la mejor que ha escrito Blest Gana en toda su vida.

El miedo, la confusión, las vacilaciones políticas del dueño de casa, todo ello tiene un movimiento, una vida de extraordinario relieve. Don Dámaso, al levantarse no puede atinar con sus prendas de vestir. La señora recorre al dormitorio mal cubierta con lo primero que halla a mano... "Revolución, papá"... grita Agustín... La perrita de doña Engracia ladra. Se reza el rosario en familia. Llega don Fidel Elías con su mujer y su hija. Y aquí de los comentarios, de las noticias contradictorias que llegan del teatro de la lucha.

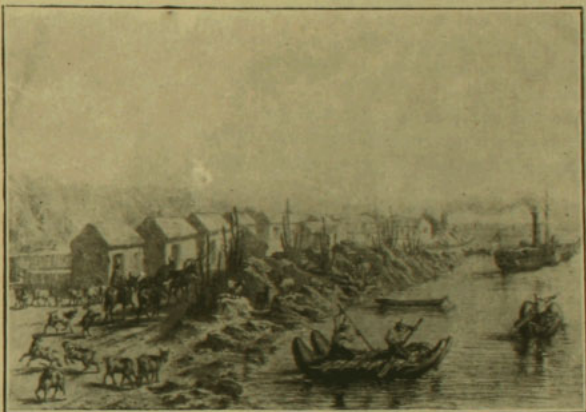
Leonor ha conservado su serenidad, que pierda al recibir la carta de su adorado. Se lo imagina preso, prescripto, herido, muerto quizás. Entonces se desploman los últimos baluartes de su orgullo, y acongojada y llorosa sube a los altos de la casa, y asomada al balcón ve venir por la calle al propio Martín Rivas, prófugo después de la derrota de los su-

yos. Le abre la puerta, lo lleva a su propio cuarto, y allí ambos amantes se juran un amor eterno.

Pero los vencedores entran a registrar la casa. Alguien ha visto que se ha refugiado en ella uno de los revolucionarios. Martín es preso después de heroica resistencia.

Don Dámaso, que ha recobrado la tranquilidad y convertídose en gobiernista acérrimo, después de la victoria del Gobierno, lo recomienda a sus captores.

—Espero, dice que se tratará a ese joven con miramiento y generosidad: yo, como partidario de la administración, añade enfática-



El vapor de la carrera entre Valparaíso y el Callao

mente, intercederé por él con el señor Presidente.

Y aquí es donde arde Troya, porque la niña, que no se para en barras, insiste en que su papá comience desde luego sus gestiones en favor del prisionero. El caballero, que en unión de otros como él, ha ido a la Moneda a pedir fusilamientos y medidas enérgicas, creyendo recomendarse así a los vencedores, le contesta que es prudente dejar pasar algunos días.

—Iré yo entonces a verme con la mujer del Ministro, exclama Leonor exasperada con la indiferencia de su padre.

—¡Qué interés tan vivo tienes por Martín! dice en tono de reconvencción el caballero.

—Más que interés: le amo, replica Leonor.

Estas palabras caen como una bomba en esa familia, buena y sencilla después de todo. El hecho es que nadie se atreve a contradecir a Leonor, y después de un corto debate, el excelente don Dámaso sale en campaña para conseguir el indulto de Martín.

—“Cuando más conseguiré que lo manden desterrado, se dice, y una vez fuera del país, Leonor lo olvidará y se casará con otro.”

Pero no sucede así, y Numa se casa con Pompilio como era de esperarse.

El feliz amante, preso en la cárcel, es puesto al fin en capilla. Lo van a fusilar, lo que es otra inexactitud histórica, porque después del 20 de abril ni se pensó siquiera en ejecutar ninguna sentencia de muerte en la persona de los civiles comprometidos. Sólo subió al patíbulo un sargento que había disparado contra su oficial.

Pero “si non e vero, e ben trovato”.

Martín en la cárcel, entabla tierna correspondencia con la que ya es su novia, y tiene

después la dicha de verla en su propia celda, acompañada por el complaciente Agustín.

Entonces viene el rasgo más romántico de la novela. La enamorada Edelmira se sacrifica por la vida y la felicidad de su adorado Martín, y consiente en casarse con el recordado oficial de policía, a condición de que éste facilite la fuga de Rivas.

Es ésta, puede decirse, la última escena de la novela. Martín se fuga, con facilidad extraordinaria para un reo de muerte, y Leonor y Agustín lo acompañan hasta el birlocho que lo debe conducir a Valparaíso, donde se embarca secretamente para el Perú.

Sigamos con la imaginación al venturoso mancebo por el viejo y romántico camino de Valparaíso, y luego en el barco de vapor que lo lleva por pocos meses al extranjero.

Don Dámaso no tarda en conseguir su completo indulto, pero no dice la historia si llegó o nó a sentarse en el Senado.

